

LIBROS

Pensando desde el marxismo

La teoría marxista ha sufrido un éxito tal que casi acaba con ella. Convertida en tópico acuñado para el confort intelectual de malpensantes, en manual de inquisidores o en un positivismo histórico-económico con ribetes de verborrea moral, ha pagado su implantación en el sentido común — hoy todo el mundo es "marxista" — con la pérdida de su más inequívoco mordiente especulativo. Por un lado, el dogmatismo oportunista, que concibe la revolución como una participación de burócratas barnizados de obrerismo en el dominio capitalista, ha buscado apoyos para su tesis en un Marx devastado en lo más íntimo; por otro, los intelectuales aterrizados por el gangsterismo stalinista han convertido el despojo teórico del marxismo en un blando humanismo edificante, un regeneracionismo decimonónico, cuya moda sigue en nuestros días con entrañables ribetes de ar déco. Marx, que fue un ilustrado, es coartada para la ignorancia; fue un luchador y es certificado de legítima pasividad; fue un pensador radicalmente original y su nombre sirve para acallar toda auténtica innovación. Se exigió al marxismo durante tanto tiempo ser un todo teóricamente autosuficiente en todos los órdenes que, ahora, muchos de los que descubren que Marx no lo dijo todo termina por pensar que no acertó en nada. Pues lo cierto es que Marx no lo dijo todo y no sólo sobre arte o historia: lo importante es que no lo dijo todo sobre economía ni sobre la revolución. Y, sin embargo, esa fue su fuerza: esa limitación le hace verdaderamente insustituible, porque garantiza que su pensamiento pueda permanecer válido y abierto... Lo importante, en el punto en que estamos, no es ser buen marxista, empeño tan ridículo como ser buen nietzscheano o buen platón-

nico. Lo importante es pensar la condición que vivimos, el dolor específico del que este día es deudor y la libertad que quiere rescatarle. A este pensamiento le es Marx imprescindible, tal como Nietzsche o como Platón.

Que un auténtico filósofo — no un sociólogo vergonzante, un comisario político in *partibus infidelium* o un divulgador científico camuflado — elija el marxismo más exigente y radical para pensar desde él, es cosa nada frecuente y, en España, casi inédita. De aquí el alborozado interés con el que cabe saludar la aparición de los ensayos que Fe-

nirse con Marx en un mismo esfuerzo teórico, supongo que será un misterio impenetrable para quienes se han educado filosóficamente en la "Guía de Pecadores" que Lukács tituló "El asalto a la razón" o en la apocalíptica visión de la historia del pensamiento facilitada en ocho volúmenes por la Academia de Ciencias de Moscú. Pero así son las cosas y la maldita complejidad del mundo. Martínez Marzoa, en primer término, renuncia a limar al gusto revisionista ninguna de las aristas del marxismo en cuya temida "inoportunidad" reside precisamente la

tor. En esta línea, el ensayo que dedica a la noción de cultura "del pueblo" o "proletaria" y, en especial, su manera de desmontar de manera rigurosamente marxista los habituales absurdos del tipo "Kant, ideólogo de la burguesía" o "Aristóteles, filósofo esclavista" son realmente de agradecer. No menos interesante y lúcido es su trabajo sobre "Democracia y revolución", tan oportuno ahora que se nos avecinan circos electorales, en el que se plantea el tema de una forma perfectamente "tradicional" dentro del marxismo, pero en modo alguno "convencional". Los restantes estudios sobre la organización del partido revolucionario, el paso del leninismo al stalinismo y al maoísmo, etc..., son quizá más discutibles, pero en modo alguno menos interesantes. En el primero de los mencionados, echo personalmente a faltar una reflexión sobre la noción de poder separado, no digo ya delegado, que todos los partidos incuban in nuce y luego perpetúan. En su descripción de la revolución rusa, no hubiera sobrado analizar la relación de Macjno con el campesinado y el testimonio de Volin. Podrían señalarse otras discrepancias, pero motivadas precisamente por la existencia de auténticos planteamientos teóricos, no por su ausencia o su encubrimiento.

El estilo de Martínez Marzoa opta por la sobriedad y la precisión casi pedagógica de razonamiento. Desnudo de aparato retórico, brillan con su propio fulgor ascético la penetración filosófica y la honradez revolucionaria. Lo que expone puede discutirse, pero él nos enseña qué es lo que realmente estamos discutiendo. Y también nos enseña lo que no debe ser discutido: la eficacia revolucionaria de lo que en la teoría se opone a la mentira, la manipulación, la compenenda y el subterfugio. ■ FERNANDO SAVATER.

Lerroux y el lerrouxismo en la vida política española

El Partido Republicano Radical y a su frente don Alejandro Lerroux García —fundador y presidente del mismo hasta su total desintegración en vísperas



lpe Martínez Marzoa recoge bajo el sobrio y expresivo título: "De la revolución" (1). De Martínez Marzoa tuvo ocasión de comentar hace tiempo una nada desdeñable Historia de la Filosofía, reflexión muy personal desde una óptica heideggeriana sobre la génesis y desarrollo de la razón occidental. Los ensayos que ahora recensiono son algo posteriores a esa obra, pero en modo alguno desdichan de su orientación y exigencia intelectual. Que Heidegger pueda reu-

forza teórica de ese pensamiento. Pero tampoco hace acopio de respeto ante los venerables fetiches de la doctrina: como sabe en qué reside realmente la opción filosófica, sus referencias a los pinitos especulativos de Engels y, sobre todo, su magnífico análisis de "Materialismo y empiriocriticismo" de Lenin, carecen de contemplaciones: en efecto, un auténtico revolucionario no tiene la obligación de ser filósofo, pero toda auténtica filosofía tiene obligación de ser revolucionaria y de serlo en su sustancia teórica, no por medio de la filiación política de su au-

(1) "De la revolución", F. Martínez Marzoa. Comunicación, 1976.